



Recuerdo del Padre Le Paige

En los años 1963 y 1964 tuve la oportunidad de convivir y trabajar durante muchas semanas con el jesuita, director del Museo de San Pedro de Atacama. Dormía yo en el desmantelado cuarto de huéspedes de la casa parroquial, polvoriento, desaseado y falto de aire. Por cama, unas frazadas viejas y deshilachadas y, encima, unos cueros de oveja saturados de polvo y olor a perro.

Por mi mente desfilan hoy numerosos recuerdos: la primitiva ducha de tambor, instalada en el patio, cuya agua brotaba caliente con la canícula de mediodía; el calentador solar instalado por la Universidad del Norte, que permitía hervir la tetera para el desayuno; el maltratado jeep, al que tuve más de una vez que cambiar neumáticos en la gélida noche de los altos de la cordillera de Domeyko; la misa matutina —que yo ayudaba—, en la que el sacerdote vaciaba su sed de Dios ante un escuálido puñado de adormilados mestizos del pueblo.

Interminables diálogos nocturnos sobre las amargas experiencias de su misión del Congo belga, sobre sus comienzos como investigador de la arqueología en San Pedro, sobre Dios, la fe y la ciencia arqueológica. Entresaco de ellos un par de recuerdos. Apenas fue destinado a la parroquia de Chiquicamata tuvo ocasión de ver una momia extraída del cementerio de Chichu o Lasana, y en posesión entonces de un ingeniero del mineral. Su interés por la arqueología nortina nació, en cierto modo, ese mismo día. A su pregunta, fue informado de que en San Pedro de Atacama había muchos restos semejantes. Pronto se enteró de que el cargo de párroco de San Pedro estaba vacante y se ofreció para llenarlo. Una vez instalado en San Pedro —me contaba—, fue un día a celebrar misa al vecino poblado de Toconao. La curiosidad lo llevó a recorrer las afamadas huertas, semisepultadas en el fondo de la quebrada. Allí recogió los primeros fragmentos de una cerámica que después denominaría "tipo concho de vino" o "negro pulido", por su coloración y aspecto. Al preguntar sobre ellos, se le respondió que había muchos, por todos partes. Así se inició su afán coleccionista, que le llevó a excavar más de cuatro mil entierros, en centenares de sitios arqueológicos, dentro y fuera del Salar de Atacama.

Yo, por entonces, usaba a la inquietud arqueológica, y ávidamente iba aprendiendo, de labios de Le Paige, al acompañarlo con la ansiedad de un novato a la mayoría de los sitios de sus descubrimientos. Eran las interminables colinas de Ghatchi y Loma Negra, las construcciones ruinosas de Tulán, el asentamiento agrícola temprano de Cañar, el cono de deposición de Tambillo, que cae al Salar de Atacama, los cementerios semiocultos por las dunas en Solor, Solcor o Tachaputachayna o el colojón de Larrache, lugar del hallazgo de los famosos vasos de oro de la cultura Tiwanaku. Todos ellos, recorridos y revisados nuevamente, me iban enseñando, por boca de Le Paige, los múltiples secretos ocultos bajo las arenas y ríos del área de San Pedro.

A solicitud mía levantó un día, en Tambillo, un par de piedras grandes, que apenas sobresalían de la superficie del suelo. "Aquí puede haber algo", le digo. "Tal vez", me responde. Y al golpe de una picota del ayudante, uno de los bloques resulta ser un mortero invertido, que cubre precisamente el cráneo de un entierro. Pocas veces vi tan excitado a Le Paige. "Por fin encontramos al portador de la cultura Tambillo", me dice. "Muchas veces había buscado aquí tumbas, sin éxito. Este lugar puede tener una antigüedad de cuatro mil años A.C.". Me explica entonces sus audaces teorías sobre el paulatino descenso del nivel de las aguas de los antiguos lagos pluviales, que mostraban, a su entender, orillas fósiles marcadas por capas blanquecinas de distonices (Kieselschub). "Las culturas más antiguas —me dice—

estaban en las márgenes más altas del antiguo lago; las más recientes, más cerca de la orilla actual del Salar". Y no se equivocaba. Todavía el 11 de noviembre de 1979, en una conversación que tuve con él, totalmente lúcido, al preguntarle yo cuál era, a su juicio, el complejo cultural más enigmático o rico del área, me contestó "Tulán es de lejos lo más interesante".

Por entonces (1964) Le Paige alimentaba el secreto deseo de que yo —todavía jesuita por esos años— fuera un día su sucesor en San Pedro. Mi ulterior decisión de seguir el camino de la investigación, abandonando el apostolado, estorbó sus planes. Pero desde entonces se afirmó en mí una gran admiración por la obra del sacerdote arqueólogo, que daba a conocer no sólo a Chile, sino a todo el mundo, la increíble evolución arqueológica, o lo que él gustaba denominar, "la continuidad de la cultura atacameña". Este tema era uno de sus preferidos; tal vez su principal "leit-motiv" científico. Desde los primitivos cazadores del Pleistoceno final hasta el español, no hay interrupción alguna, sostenía con evidente fruición. Por eso San Pedro era para él un laboratorio ideal para resolver el enigma de la evolución de la cultura en el extremo sur de Sudamérica.

Presa de un entusiasmo inicial, poco crítico, otorgó el carácter de "paleolítico" al instrumental hecho en piedra hallado en las colinas de Ghatchi y Loma Negra, llegando a lanzar la aventurada hipótesis de una antigüedad de 70 mil años. Se atuvo luego a fechas más modestas, fruto de una ulterior maduración: alrededor de 10.000-12.000 A.C. Extrañamente, no existe aún prueba alguna de la existencia de este período paleo-indio (antiguos cazadores del arcaico) para el Norte Grande chileno. Nada nos sorprendería, sin embargo, que el atisbo intuitivo de Le Paige fuera un día confirmado con fechamientos anteriores a los 10.000 A.C.

El tenaz jesuita tuvo una visión y una única misión. Me expresó su contenido en la referida entrevista, sostenida a fines del año pasado. "¿Cuál fue su misión como arqueólogo", le pregunto. Sin vacilar un instante, me contesta: "Revelar a San Pedro". Apenas eran conocidas su antigua historia y su iglesia. Hoy su evolución cultural es reconocida y estudiada en todo el mundo. Misión científica trascendental. De golpe, nuestra cultura nacional se enriquece con una larga y desconocida historia, de un valor insospechado hasta entonces. Junto con ello, Le Paige tuvo el indudable mérito de sacar a la arqueología del ámbito académico en que yacía hasta entonces, transformándola en una ciencia al servicio de la cultura y educación nacionales.

Discutido no pocas veces en los círculos de su especialidad, nadie podría negarle sus dotes extraordinarias de gigante plenario en la arqueología de la zona atacameña. Afinar sus métodos, correlacionar y sintetizar sus hallazgos, trazar una más acabada evolución cronológica, será la impropia e inabarcable tarea de sus sucesores. Al fin de su existencia, Le Paige comprendió que tal tarea no podía ser agotada por un solo hombre, y se abrió a la colaboración de otros.

Muerto Le Paige, ¿habrá quien sea capaz de ensartar su enseña y proseguir, con el mismo éxito, su epepeya en el desierto con la misma titánica perseverancia, fragilidad de existencia e intuición iluminadora? Porque Le Paige, a diferencia de los solitarios pirquineros del desierto, halló una riquísima veta, la explotó durante 20 años y la puso al servicio de la gran cultura nacional, descubriendo para ella sus raíces más profundas.

Horacio Larraín Barros,
Subdirector Instituto de Geografía,
Pontificia Universidad Católica de Chile

Recuerdo del Padre Le Paige [artículo] Horacio Larraín Barros.

AUTORÍA

Larraín Barros, Horacio, 1929-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Recuerdo del Padre Le Paige [artículo] Horacio Larraín Barros.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile